

La Teología de los Credos Antiguos

Parte 5: La Cristología después de Calcedonia

Greg Uttinger
23 de Septiembre, 2002

El Segundo Concilio de Constantinopla

El Concilio de Calcedonia no libró a la iglesia de los errores Cristológicos. Ni Antioquía ni Alejandría estuvieron satisfechas con la decisión del Concilio. Los teólogos de Antioquía presionaron por la distinción de las naturalezas de Cristo y tuvieron la tendencia de favorecer al Nestorianismo. Los de Alejandría insistieron en la unidad de Su Persona y favorecieron el pensamiento Monofisista. Roma, no dada a las sutilezas del pensamiento Griego, permaneció con claridad en buena parte del debate y generalmente se alineó al lado de la ortodoxia. Los patriarcas de Constantinopla fueron algunas veces ortodoxos, a menudo fueron Monofisistas; lo mismo ocurrió con los emperadores.

Con Nestorio abiertamente condenado, los teólogos que favorecían su posición se refugiaron en los escritos de tres hombres que habían compartido su perspectiva. Estos eran Teodoro de Mopsuestia, quien había sido el maestro de Nestorio, y Teodoreto e Ibas, dos de sus amigos. Cada uno de ellos había pasado bajo el escrutinio de Calcedonia pero habían escapado, en última instancia, de su condenación. Ahora sus herederos espirituales trataban de dar a entender que el Concilio en realidad había aprobado sus obras.

Los Monofisistas golpearon esta posición neo-Nestoriana por medio del emperador. Movieron a Justiniano, quien era él mismo ortodoxo y devoto, a condenar a Teodoro y ciertos escritos de Teodoreto e Ibas. Los Monofisistas esperaban aparecer como los campeones de la ortodoxia y encontrar en última instancia una manera de reconciliar el lenguaje de Calcedonia con su propia posición. Pero el decreto de Justiniano fomentó más controversia de la que resolvió. Finalmente, con la esperanza de restaurar la unidad en la iglesia y en el imperio, convocó un quinto concilio ecuménico en Constantinopla en el año 553.

En una serie de catorce anatemas el Segundo Concilio de Constantinopla rechazó el nuevo Nestorianismo, aprobó la expresión “unión hipostática” (VIII), y confesó que “nuestro Señor Jesucristo quien fue crucificado en la carne es Dios verdadero” (X). Incluso sancionó la frase Alejandrina “una naturaleza encarnada de Dios el Verbo” (VIII), pero lo hizo en un contexto que rechazaba cualquier confusión de lo humano y lo divino en Cristo:

Pues al decir que el Verbo unigénito fue unido por la hipóstasis [personalmente] no queremos decir que hubo una confusión mutua de naturalezas, sino que más bien entendemos que el Verbo fue unido a la carne, permaneciendo cada [naturaleza] una como lo que era.¹

¹ John Leith, *Credos de la Iglesia* (Atlanta: John Knox Press, 1973), 49. Las expresiones en corchetes aparecen en la obra de Leith.

El Concilio clarificó la intención de Calcedonia y, en términos de esas clarificaciones, anatemizó los escritos de hombres fallecidos hacía ya mucho y, en el caso de Teodoro, el hombre mismo. Mientras muchos, ahora y entonces, hubiesen querido que el Concilio dejara los muertos a Dios, los obispos de Constantinopla no reconocieron puertos neutrales para los enemigos de la Fe, ni siquiera la muerte. El evangelio estaba en juego, y el Concilio escogió la lealtad a Cristo por encima de la cortesía para con los difuntos.

La Herejía Monotelita

El Segundo Concilio de Constantinopla le cerró la puerta al Monofisismo desarrollado, pero la demanda por una fusión de lo humano y lo divino levantó otra vez su cabeza en el Monotelismo. La palabra Griega *thelema* se refiere a la voluntad o volición, aunque también se usaba "... en un sentido más amplio, como incluyendo los instintos, apetitos, deseos y afectos con sus correspondientes aversiones."² Los Monotelitas argumentaban que Cristo tenía solamente una voluntad (*mono thelema*).

La lógica de la posición Monotelista era simple. Para existir como una Persona, Cristo debe tener exactamente una voluntad. Dos voluntades en Cristo demandarían dos personas y conducir de regreso a la herejía Nestoriana. Entonces, la voluntad humana de Cristo debe haber sido absorbida en Su voluntad divina o Sus dos voluntades deben haber sido fusionadas para formar algún tipo de mezcla.

El Cristo de la Escritura

Pero el Cristo de la Escritura no es el Cristo de la lógica Monotelista, como sabían los ortodoxos. Pues la Escritura contrasta la voluntad humana de nuestro Señor con la voluntad del Padre. Jesús dijo, "Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió" (*Juan 6:38*). Durante Sus años en Nazareth estuvo "sujeto" a María y a José, dos seres humanos pecadores y falibles (*Lucas 2:51*).

Pero la revelación más clara de la voluntad humana de Cristo ocurrió en Getsemaní. Allí, en Su humanidad, Cristo tuvo que aceptar la cruz y todo lo que ella significaba. Nótese cómo cambian las palabras de nuestro Señor a través de los tres pasajes siguientes.

Yendo un poco adelante, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú (*Mat. 26:39*).

Otra vez fue, y oró por segunda vez, diciendo: Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad (*Mat. 26:42*).

Jesús entonces dijo a Pedro: Mete tu espada en la vaina; la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber? (*Juan 18:11*).

El escritor a los Hebreos nos dice que, "aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la

² Louis Berkhof, *La Historia de las Doctrinas Cristianas* (Grand Rapids: Baker Book House, reimpresión 1975), 110.

obediencia” (*Heb. 5:8*). Jesús nunca se apartó de la voluntad de Su Padre, pero en Getsemaní Él rindió Su propia voluntad humana. Activamente abrazó la obediencia a Su Padre a un gran costo para Sí mismo. En esto estableció el patrón para nuestra propia santificación.

El Tercer Concilio de Constantinopla

La controversia Monotelita prosiguió desde el 633 hasta el 680. Los emperadores Heraclio y Constancio II trabajaron buscando la reconciliación y la paz, pero en términos de soluciones intermedias y el silencio forzoso. El celo de Constancio por la paz le llevaron a deponer, encarcelar y exiliar al Papa Martín I, quien había dirigido la batalla contra el Monotelismo en Occidente. Pero Constancio fue asesinado en un baño en Siracusa, y las conquistas Árabes de Siria y Egipto dejaron a Roma políticamente más significativa que Antioquía y Alejandría. De manera que, en el 680, Constantino IV, conjuntamente con el Papa Agato, convocó el sexto concilio ecuménico, el Tercer Concilio de Constantinopla. El emperador en persona presidió, pero Agato ejerció una influencia decisiva por medio de una carta dirigida a Constantino.

El Papa Agato escribió:

Pero cuando hacemos una confesión con respecto a una de las mismas tres Personas de la Santa Trinidad, del Hijo de Dios, o Dios el Verbo, y del misterio de su adorable dispensación según la carne, afirmamos que todas las cosas son dobles en el uno y el mismo nuestro Señor y Salvador Jesucristo según la tradición Evangélica, es decir, confesamos sus dos naturalezas, a saber, la divina y la humana, de la cual y en la cual Él subsiste, incluso después de la unión maravillosa e inseparable. Y confesamos que cada una de sus naturalezas tiene su propia propiedad natural, y que la divina tiene todas las cosas que son divinas, sin ningún pecado. Y reconocemos que cada una (de las dos naturalezas) del uno y el mismo encarnado, esto es, la humanada (*humanati*) Palabra de Dios se halla en Él sin confusión, inseparable e incambiable, solo la inteligencia discerniendo la unidad, para evitar el error de la confusión. Pues nosotros detestamos igualmente la blasfemia de la división y la de la mezcla. Pues cuando confesamos dos naturalezas y dos voluntades naturales, y dos operaciones naturales en nuestro único Señor Jesucristo, no afirmamos que sean contrarias o estén opuestas la una a la otra (como aquellos que yerran del sendero de la verdad y acusan a la tradición apostólica de hacerlo. ¡Lejos esté esta impiedad de los corazones de los fieles!), ni como si estuviesen separadas (separadas *per se*) en dos personas o subsistencias, sino que decimos que al igual que nuestro Señor Jesucristo tiene dos naturalezas así también Él tiene dos voluntades y operaciones naturales, a saber, la divina y la humana: la voluntad y la operación divina la tiene en común con el Padre coesencial desde toda la eternidad: lo humano, lo ha recibido de nosotros, tomado por nuestra naturaleza en el tiempo. Esta es la tradición apostólica y evangélica, la cual sostiene la madre espiritual de su más oportuno imperio, la Iglesia Apostólica de Cristo.³

3 Henry R. Percival, *Los Siete Concilios Ecuménicos de la Iglesia No Dividida* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Company, reimpresión de 1979), 330ss.

En un lenguaje que refleja la carta de Agato, el Concilio declaró que la creencia en dos voluntades era ortodoxia. La Definición del Concilio dice en parte:

Nosotros, de igual manera declaramos que en Él se encuentran dos voluntades naturales y dos operaciones naturales de manera indivisible, incambiable, inseparables y sin confusión, de acuerdo a la enseñanza de los santos Padres. Y estas dos voluntades naturales no son contrarias la una a la otra (¡Ni quiera Dios!) como aseguran los impíos herejes, sino que su voluntad humana sigue, no resistiendo ni negándose, sino más bien como sujeta a su voluntad divina y omnipotente. Pues estaba bien que la carne debía ser movida para estar sujeta a la voluntad divina, según el muy sabio Atanasio. Pues como su carne es llamada y es la carne de Dios el Verbo, así también la voluntad natural de su carne es llamada y es la propia voluntad de Dios el Verbo, como él mismo dice: “Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió,” donde llama a su propia voluntad la voluntad de su carne, en tanto que su carne era también su propia.

Preservando, por lo tanto, la indivisibilidad y la falta de confusión, hacemos brevemente esta confesión total, creyendo que nuestro Señor Jesucristo es uno de la Trinidad y, después de la encarnación, nuestro verdadero Dios, decimos que sus dos naturalezas brillaron en su única subsistencia en la cual realizó los milagros y soportó los sufrimientos a lo largo de toda su existencia económica, y eso no en apariencia solamente sino en cada hecho, y esto por razón de la diferencia de naturalezas que debe ser reconocida en la misma Persona, pues aunque unidas aún así cada naturaleza desea y hace las cosas que le son propias y eso de manera indivisible y sin confusión. Por esa causa confesamos dos voluntades y dos operaciones, concurriendo en Él de la forma más precisa para la salvación de la raza humana.⁴

El Asunto en Juego

Sería fácil minimizar la obra del sexto concilio ecuménico. Los asuntos parecen esotéricos y la psicología implicada parece especulativa. Ciertamente pocos Cristianos hoy han escuchado sobre el Concilio o su obra. ¿Realmente importa algo de esto?

Aquello con lo que Constantinopla trataba era con la mezcla de lo humano y lo divino en la voluntad de Jesucristo, nuestra Cabeza y Ejemplo. Si en Cristo la voluntad del hombre se mezclaba o se perdía en la voluntad de Dios, ¿No significaría esto que la unión del creyente con Cristo es deificación? ¿No establecería esta fusión de voluntades el patrón de la santificación para todos los Cristianos? Neander escribe:

Al menos muchos entre los Monotelitas suponían que el resultado final del desarrollo perfecto de la vida divina en los creyentes sería en ellos, como en el caso de Cristo, una absorción total de la voluntad humana en la voluntad de Dios; de manera que en todos habría una identidad de voluntad subjetiva, lo misma que objetiva – la cual, realizada consistentemente, conduciría a la noción panteísta de una entera absorción de toda individualidad de la existencia en el único espíritu original.⁵

4 *Ibid.*, 345ss.

5 Augusto Neander, *Historia General de la Religión y la Iglesia Cristiana*, vol III (Boston: Crocker and Brewster, 1855), 183 citado en Rousas J. Rushdoony, *Fundamentos del Orden Social* (N. p.: Presbyterian and

Hay dos maneras de entender las palabras “Quiero que la voluntad de Dios sea la mía.” La primera sería algo como, “Quiero obedecer a Dios. Quiero conformar mis decisiones a los preceptos de Su ley.” La segunda sería, “Quiero una fusión de mi propia voluntad con la de Dios de manera que mis decisiones sean divinas. Ya no quiero actuar o ejercer voluntad, sino que Dios actuará y ejercerá voluntad a través de mi y para mi.” La primera es la actitud de la fe; la segunda, la del orgullo Satánico. Sin embargo, durante los pasados dos siglos, la segunda a menudo ha pasado como el camino superior hacia la santificación. Abandono mi voluntad, mi ser, para que Cristo pueda vivir Su vida a través de mi. “Dejo las cosas correr y permito a Dios ser Dios.” Las palabras “no yo, sino Cristo en mi” son despojadas de su contexto y convertidas en una bandera para el tipo de misticismo más presuntuoso y no obstante, irresponsable. Pues una vez que mi voluntad ha sido reemplazada por la de Dios, no soy responsable por nada y por tanto cada acto que realizo es divino.

El Tercer Concilio de Constantinopla erigió una barricada contra tal disparate. Si aún en el encarnado Hijo de Dios la voluntad humana y la voluntad divina permanecen intactas, debemos confesar que nuestras propias voluntades nunca serán nada sino solo humanas. La santificación no es deificación, sino crecimiento en gracia. Nos quedamos con la única opción del patrón de Getsemaní: muerte a la auto-voluntad y obediencia activa a los mandamientos de Dios.

Conclusión

Finalmente, debemos recordar el período de tiempo de la controversia Monotelita – mediados de los años 600s. Durante esta mitad de centuria, los ejércitos del Islamismo salieron de Arabia y cayeron por asalto a través de Siria, Palestina y Egipto. Claro, hubo aquí en efecto una relación teológica de causa y efecto: los místicos se relacionan pobremente contra hombre con espadas. Pero no debemos entender esto en términos de un marco deísta: el Señor juzga activamente en los asuntos de los hombres y en particular en los asuntos de Su iglesia (*Heb. 10:30*). Dios poda su árbol de olivo y descarta las ramas incrédulas (*Rom. 11:16-22*). A medida que los años 600s se acercaban a su fin, Dios podó a Su iglesia muy severamente, y muchos de los que confesaban un “Cristo” falso fueron barridos por un monoteísmo que no reconocía a Cristo del todo. Con el Islamismo una vez a nuestras puertas, nosotros, los del siglo 21, necesitamos tomar en serio las lecciones de la historia.

Greg Uttinger enseña teología, historia y literatura en la Escuela Cristiana de Cornerstone en Roseville, California. Vive cerca del Condado de Sacramento con su esposa Kate y sus tres hijos. Puede ser contactado en paul_ryland@hotmail.com